

# La sincera palabra de Lily Garafulic

ALEJANDRA GAJARDO

Santiago

**H**acia bastante tiempo que Lily Garafulic tenía proyectado un viaje al lejano Oriente así que no hizo mucho caso a los que le decían que mejor lo postergara por si ganaba el Premio Nacional de Arte. Se fue no más porque durante años había estado en las listas de los postulantes y nada pasaba.

Además, "el premio acá y yo allá", dijo, y partió. Cansada y con varias horas de vuelo en el cuerpo, llegó a Beijing el día antes de la madrugada en que una llamada telefónica interrumpió su sueño. Era el ministro de Educación, Sergio Molina, quien le avisaba que había sido designada Premio Nacional de Arte 1995.

Ahora Lily Garafulic está de vuelta de su viaje y se apronta a exponer varias de sus esculturas en la galería Tomás Andreu, exhibición que se abrirá el 16 de noviembre.

—¿Cómo tomó lo del premio?

—Me tomó de sorpresa porque eso de despertarla a una a las cuatro de la mañana. Además, estaba segura de que no me lo iban a dar.

—¿Por qué?

—Yo estuve en la lista del Premio Nacional por bastantes años y por a, b o c nunca se me daba. Entonces ¿por qué iba a creer que este año me lo otorgarían? Cuando partí de viaje me dijeron ¿y si te dan el premio? No iba a suprimir un viaje que me interesaba mucho por la posibilidad de un reconocimiento que por años no me había tomado en cuenta.

—¿Cree que fue discriminada en los años anteriores?

—No creo que haya sido discriminación, sino más bien fue casualidad. Tenía competidores que los jurados consideraron más, o a lo mejor desconocían mis obras. Dentro de todo tengo la seguridad, aunque parezca pretencioso, de que realmente merecía ese premio. Si después de 60 años de estar trabajando con alumnos en la universidad, con una obra enorme y con trabajos importantes, viene un reconocimiento a posteriori, yo me alegro, pero no me toma de sorpresa. Además, es un premio que halaga a todos los escultores porque hace más de 20 años que no se le daba a uno.

—¿Piensa entonces que este premio se lo debieron haber dado antes?

—Sinceramente creo que sí, aunque está eso de los dos aspectos que significa un premio: por un lado, reconocer una obra en el momento de la gran producción y, por otro lado, reconocer una obra hecha. Yo tengo la impresión de que se me está premiando una labor de toda la vida, que incluyó ser ayudante, profesora titular, representante en varios congresos y directora del Museo de Bellas Artes, trabajo que acepté después de un mes de reflexión porque tenía dudas...

—Usted tomó el puesto en



Lily Garafulic, junto a una escultura que decora su amplio taller de Recoleta.

1973, cuando los militares habían dado el golpe de Estado.

—Exacto y realmente hubo el peligro de que el museo cayera en manos de gente que no tenía nada que ver con las artes plásticas. Eso fue lo que me movió...

—¿Se sintió haciendo una labor de resistencia?

—Comprendí que había que hacer cosas que no me gustaban con tal de defender al museo y todos a esos viejos que uno quiere, pintores y escultores que alberga ese edificio. La vida de ese museo era más importante que mi particular sentimiento respecto a fenómenos externos a él.

—¿Qué peligros corría el museo en esa época?

—Como dije, el de que cayera en manos inexpertas y eso lo puedo decir porque en el momento que me hice cargo empezó la petición de su desmantelamiento.

—¿En qué consistía esa petición?

—En que todo el mundo pedía obras: los diplomáticos, los ministerios, los de la Junta...

—¿Es verdad que Pinochet le pidió el retrato de O'Higgins pintado por el Mulato Gil y que usted se lo negó?

—No lo escondí ni nada y él no me lo pidió directamente pero se me solicitó que se lo enviara. Esa era una de las obras más importantes que tenía el museo y no podía salir de él. Eso se entendió finalmente. Otro, que no voy a nombrar, pidió una obra y personalmente la eligió. Yo no tuve otra cosa que decirle "muy bien, llévesela". Después de cuatro años de estar ahí me desentendí y volví a mi taller, pero fue una labor de defensa, opaca si se quiere, y en circunstancias donde

no se tenía presupuesto. Me acuerdo que tenía 600 o 800 pesos mensuales de esa época.

—¿Cuanto más o menos sería eso hoy?

—No lo sé, pero muy poco. Una vez llamó un ministro, indignado porque una revista había publicado ese presupuesto. Al rato llegó y yo le mostré el cheque y se quedó impresionado. No había presupuesto porque no había dinero, pero se trabajó para que se cobrara en el museo, para

pasado mientras llegaba Kissinger; mejor ni pensarlo. Después se arreglaron el techo, las cañerías, las goteras...

—¿Se sintió mucho el cambio de un gobierno que tenía interés en la cultura a otro que...?

—Mire, una cosa es hacer un poco la propaganda del interés cultural, porque se le da un poco de circo a la cosa. Antes se le daba espacio a ciertas actividades culturales, que para mi forma de

**Tras el golpe de Estado de 1973 asumió la dirección del Museo de Bellas Artes, según señala "para evitar que cayera en manos de gente que no tenía nada que ver con las artes plásticas". Dice que estando en ese puesto debió contestar con una negativa al pedido de que entregara el retrato de O'Higgins hecho por Gil de Castro que le pedían para la oficina del general Pinochet.**

que los derechos de exportación subieran, para que se pudieran recibir recursos...

—¿Cómo estaba el museo?

—Necesitaba muchas cosas pero me ayudaron circunstancias casuales. Por ejemplo, como es un edificio muy bonito entró en el terreno de las recepciones que daba el gobierno... pero eso sirvió para que pintaran murallas y arreglaran muebles. Una ocasión, que pudo ser trágica, fue la visita de Kissinger en la cual se llenó el edificio de seguridad. Una hora antes de la recepción siento que se me cae el museo encima, fue un ruido como un disparo horrible. Era el techo de una de las rotondas del primer piso que se había caído y que yo había luchado porque alguna vez se repararan. Imagínese que eso hubiese

ver al museo eran extrañas. En esa época se desmantelaban las colecciones de las salas y grupos de gente joven hacían teatro, cantaban o cualquier cosa. Yo pienso que un museo debe albergar primero la riqueza nacional y después lo demás. Mi gran pelea fue hacer la colección chilena, enriquecerla. No pidiéndole cosas a los artistas sino comprándolas, porque eso es lo honesto. Fue un tiempo duro y contradictorio, pero como yo le tengo a esto un amor extraordinario se fue superando eso.

—¿Qué exposiciones de importancia se hicieron?

—Algunas, no muchas, porque vino el rechazo de varios países. En uno de los viajes que yo hice a los Estados Unidos, invitada por el Departamento de Estado, tuve

una conversación con el director del Museo de Arte Moderno. Le dije que no estaban castigando al gobierno sino al público.

—Usted siempre ha estado en el ámbito de la cultura...

—Sí, siempre me he interiorizado y puedo decir que no soy una analfabeta al respecto.

—¿Y cómo ve la recepción que hoy tiene la gente respecto al arte?

—Hay un movimiento importante dentro de la gente joven. El único peligro que yo veo es que todo esto es un poco fuego artificial. Tengo la sensación, no podría asegurarlo, que falta base.

—¿Snobismo?

—Mucho snob, pretensión y copia. Todos los movimientos intelectuales se producen por una maduración, no por una especie de rayo luminoso.

—Eso se lo recalca mucho a sus alumnos.

—Mucho, tanto que algunos de ellos son muy

buenos escultores. Son gente que trabajó conmigo maravillosamente como Castillo, Valdívieso, Vial...

—¿Cómo ve el nivel de la escultura en Chile?

—Muy bueno.

—¿Y el de la pintura?

—Como a mí me interesa mucho la escultura siempre miro como segundona a la pintura. No niego que hay grandes pintores... Estuve viendo la exposición de Gracia Barrios, que es magnífica.

—¿Ser mujer y artista es difícil?

—No creo, es valentía y hay que tener muy clara la vocación. No es cosa de casualidad ni de aciertos.

—¿Nunca sufrió discriminación?

—Es posible que alguna vez se hayan atropellado mis derechos, pero nunca he tenido situaciones desagradables ni peleas frontales. Si me he enemistado ha sido hasta cierto punto por diferencias de conceptos, de sistemas de vida y por cosas que uno defiende.

—Pero usted tiene un carácter fuerte.

—Sí, se me reconoce y yo lo reconozco, pero no busco peleas ni discusiones. En el último de los casos, cuando las cosas son muy definitivas, dejo pasar y cada uno sigue con sus ideas.

—Usted el próximo año va a ser miembro del jurado del Premio Nacional.

—Es posible, si estoy viva.

—¿Quiénes cree usted que han sido los artistas postergados en ese premio?

—Estos premios son como una carrera de caballos. Uno no puede decir que un pintor es mejor que otro, eso lo dice el tiempo. Ahí uno ve a El Greco, que fue reconocido 50 años después de su muerte.

GINNETTE RIQUELME